

Durante buena parte del siglo XX, la energía fue un maná providencial que, convenientemente, acudía a gasolineras e interruptores desde sus escondidos lugares de nacimiento. La abundancia de recursos –fósiles, como el exótico petróleo, el subterráneo gas y el oscuro carbón; o complementarios, tal la hermética producción nuclear y la oclusiva hidroeléctrica– ponía mágico bastidor a las sociedades occidentales. El reciente giro hacia lo renovable es también un giro hacia la visibilidad y omnipresencia: eólicas y fotovoltaicas se derraman por el territorio, se incrustan en el marco vital, se hacen signatura de horizontes y relleno de campiñas. Se impone una reintegración a fondo, que acomode esta profusa presencia a las aspiraciones de calidad y belleza que deberían presidir la conformación del entorno vivido.

Por su instalación en el seno de nuestro habitar, no sorprende que el paradigma renovable haya tensionado –si no escindido– el campo de la sensibilidad ambiental. No se trata solo de cuestiones taxonómicas, por muy cargadas de consecuencia que estas vengan: ¿cuáles son, propiamente hablando, las energías renovables? Las simpatías ecologistas, que durante décadas vieron en solares y eólicas un talismán de futuro y un feliz antídoto del gigantismo hidroeléctrico y los proyectos nucleares, se dan de bruces con las dificultades de aplicar su propia medicina. A los males de lo intensivo suceden los de lo extensivo. ¿Cuál es el tamaño admisible de las nuevas instalaciones? ¿Dónde ubicarlas sin causar desgarras en el paisaje y alteraciones en el hábitat? Cuestiones de escala y de implantación que se sitúan en el corazón de una disciplina, la ordenación del territorio, y que revalidan la necesidad del encuadre paisajístico, más conciliador y menos cargado de controversia que el estrictamente ecológico.

Es inherente a la propia tecnología eólica y fotovoltaica, sumada a la voracidad energética de nuestra sociedad, el que los proyectos hayan de extenderse más de lo deseable. Una generación energética difusa y proliferante debilita el dipolo campo-ciudad, como en un masivo desembarco industrial difuso. Su potencial banalizador es aterrador, dado el carácter repetitivo, con piezas seriadas de idéntico diseño ajenas al paisaje local. Una toma primera de decisiones dudará entre dos caminos, conceptualmente opuestos. Relegar las plantas de producción a sitios degradados, arrinconándolas hacia los segundos planos, lo distal e invisible; o darles voz, como orquestaciones susceptibles de generar nuevos valores, de marcar acentos en un medio transformado. La ya desmedida sobrecarga del territorio, escombrado de equipamientos banales, invitaría a lo primero; el principio de honestidad estructural, que exhibe los fundamentos para luego refinarlos, aconsejaría lo segundo.

Pero las políticas tenderán probablemente a cierto sincretismo, con dosis variables de ambas recetas. En tal caso, será preciso inventariar lugares propicios para esconder la generación energética: polígonos industriales, superficies comerciales, instalaciones mineras abandonadas, cuencas visuales de baja frecuentación... Y en el polo contrario, alumbrar cauces de armonía en lo irremediablemente conspicuo. Puede servir de guía la reflexión sobre una práctica artística contemporánea, la instalación –una pieza arbitraria entra en resonancia espacial por su ubicación estudiada; la relación fondo-figura deviene tema central de exploración–. La teoría del arte, aliada a la reflexión paisajística, podrá tal vez proponer direcciones para un radical momento transformador.

Pascual Riesco Chueca | Escuela Técnica Superior de Ingeniería, Universidad de Sevilla

URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5234](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5234)>

### **Dinámica de funcionamiento de la sección DEBATE**

Este espacio de *revista PH* pretende poner en común los distintos puntos de vista sobre los temas de debate que se propongan, atendiendo a dos principios básicos: máxima libertad y respeto.

Tres veces al año, se sugerirá un tema para discutir, con un texto de presentación, redactado por la persona que coordina el debate, y un guión de cuestiones que puedan animar el intercambio de ideas.

A partir de este momento se abrirá un plazo de envío de contribuciones breves (1.000 palabras + 1 o 2 imágenes). Dichas aportaciones deben adecuarse a los temas planteados en el texto y guión de presentación del debate. Estas contribuciones se revisarán y publicarán todas, siempre y cuando se ajusten al hilo argumental propuesto, se trate de textos originales y resulten de calidad.

Para facilitar la posibilidad de comentar las distintas aportaciones que vayan llegando, se incluirán de manera provisional como *preprints* en el número de la revista en preparación, hasta una segunda fase en la que se maquetarán y paginarán en el número definitivo.

Recuerda que para enviar contribuciones hay que registrarse. Si tienes perfil en alguna red social profesional o mantienes un blog especializado incorpora a tu texto sus direcciones para aumentar las posibilidades de comunicación.

Los debates se difundirán a través de los perfiles de Facebook, LinkedIn y Twitter del IAPH: <<https://www.facebook.com/patrimoniolAPH/>>; <<https://twitter.com/IAPHpatrimonio>>; <<https://www.linkedin.com/company/instituto-andaluz-del-patrimonio-hist-rico>>